BORRADOR

Ángel Martín

Una joven vio el resplandor de un anillo
en la cima de la montaña
le preguntó a su amado
si no se lo bajaría de allí para ella

Ella lo ama y a él le gusta
así fue y así siempre será
Ella lo quiere y esta es la tradición
sacrificarse por aquello que dicta el amor

Cumbres brumosas deben ser despejadas
para que llegue la luz del sol
Anillo de oro
un anillo de oro
la bruma no te descubre aún

El subió a la montaña en la tormenta
sin importarle la amenaza del cielo
sólo el resplandor del anillo lo mueve
a satisfacer a su amor

Ella lo ama y así está bien

así fue y así siempre será

Ella lo quiere y esta es la tradición

(Canción popular)

de los fraud
dos puntas; U
acrílego robo
fiera dónd
ma os

decir, que ahora el obrero, por una cantidad
entrega, tiene que producir una cantidad mayor
capital aumenta en comparación con la del tra
capital y el trabajo es ahora todavía más desi

nos obreros más potentes, con armas de guerra

arx/trabajo_asalariado_y_capital_2.... 28/12/2004

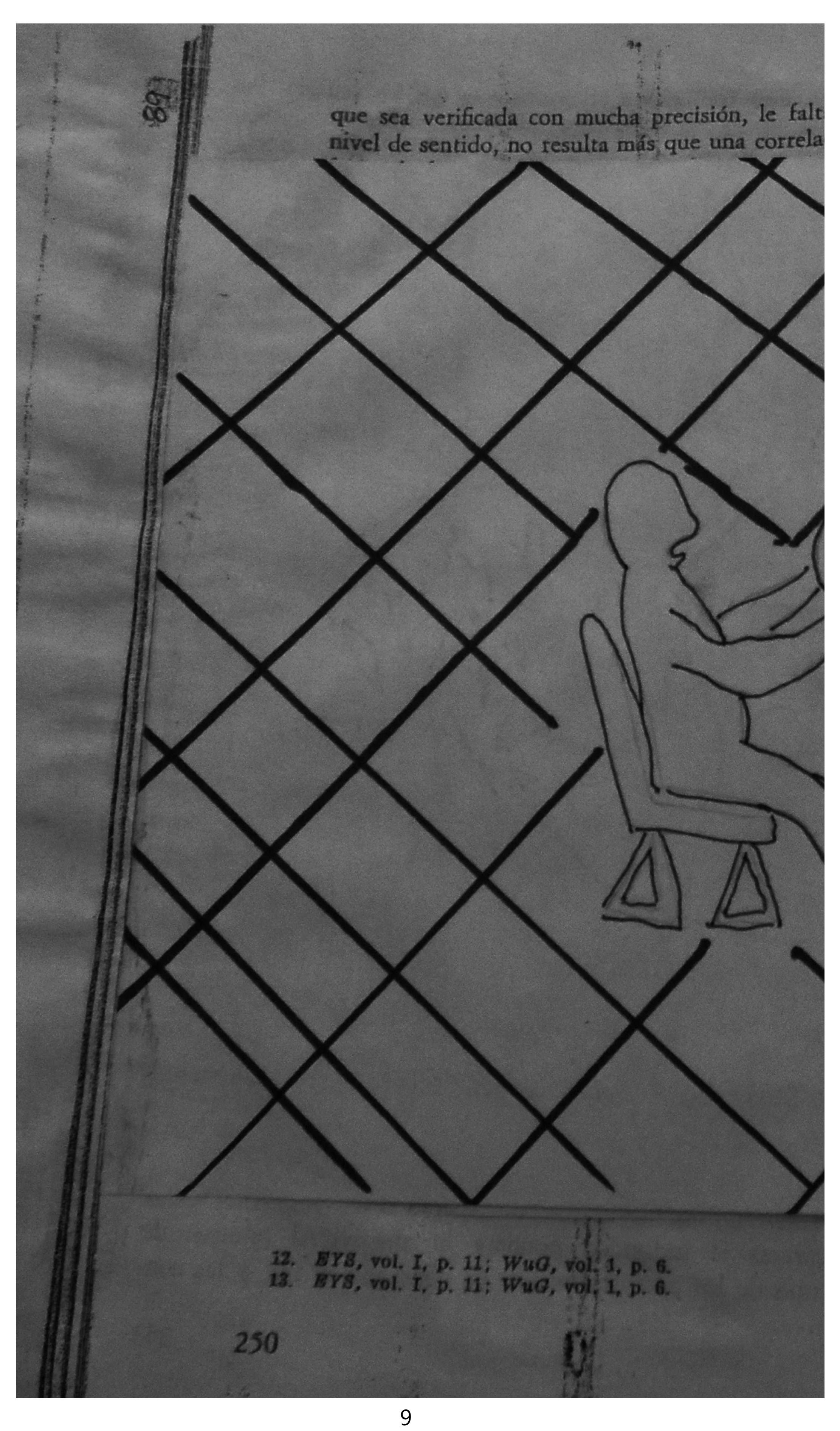
Asat. Sánscrito, escuché. Una voz en mi cabeza. La no-seidad. La no existencia. Ausencia de cualidad y actividad. Se reconocen cuatro tipos.

Anterior, la potencialidad de la existencia.

Posterior, ya no más la existencia.

Mutuamente exclusiva, es decir, definitiva, lo que hace que “esto sea un anillo” e implica que “esto no sea una mujer”.

Y, finalmente, absoluta, anti nominal, como la calidez de un reptil.



que sea verificada con mucha precisión, le falt
nivel de sentido, no resulta más que una correla

12. *EYS*, vol. I, p. 11; *WuG*, vol. 1, p. 6.
13. *EYS*, vol. I, p. 11; *WuG*, vol. 1, p. 6.

250

La montaña es inmensa. Crece hasta perderse en los cielos, se cubre entre las nubes, asciende. Es un muro de roca sólida inabarcable tosca y fría. Se confunde en las nubes. Se pierde.

-Parece extensión del firmamento.

Lo dice pero en otras palabras.

La observo y me parece hermosa.

Un pimpollo florecido.

Me cierro los ojos con dos dedos, es el paso uno.

Extiendo mi mano y ya está encerrada.

Es un anillo.

La coloco con las otras. Una bolsa de tela fina extraterrenal las reúne. El lienzo con el que las ato, Zeta Retículi creo. Mantiene las propiedades del oro.

Ahora desciendo.



Junto anillos. Soy un juntanillos. Debo llevar siglos

haciéndolo. Es complicado. Conocer una mujer de ciertos atractivos, ciertas características. Ser amable y mantener la sangre fría. Muchas veces, incluso, invito yo antes de emprender el viaje. Mis monedas de oro siempre son recibidas con asombro.

Las escucho. He escuchado tantas a lo largo del tiempo. Soy un buen oyente. El secreto es no oír nada. Sonreír si es necesario.

Hasta que sus ojos se posan en mis hipnóticos.

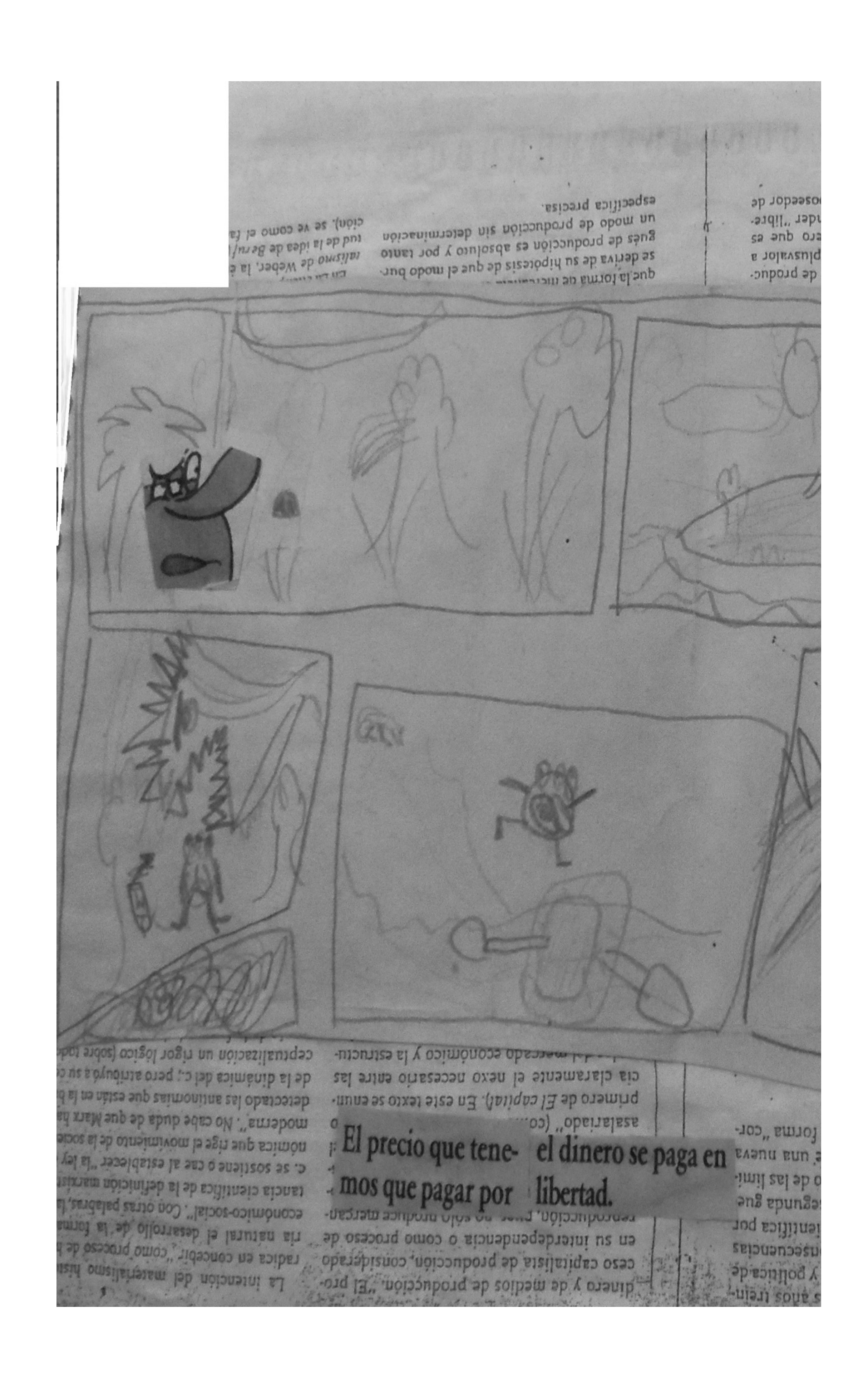
Entonces nos retiramos.

Siempre debe ser a mitad de camino entre la cima y la base de la montaña.

¿Por qué en ese lugar?

En todos estos años, nunca pregunté el por qué. Supongo que debería preguntárselo a Cárpora, el Viejo Lagarto.

Aunque jamás he podido decirle una palabra en realidad. Carece de cuerdas vocales. Su condición zoológica es la de un reptil inmenso, alguna especie de dinosaurio escamoso de la que jamás he leído.


El precio que tene-
mos que pagar por
el dinero se paga en
libertad.

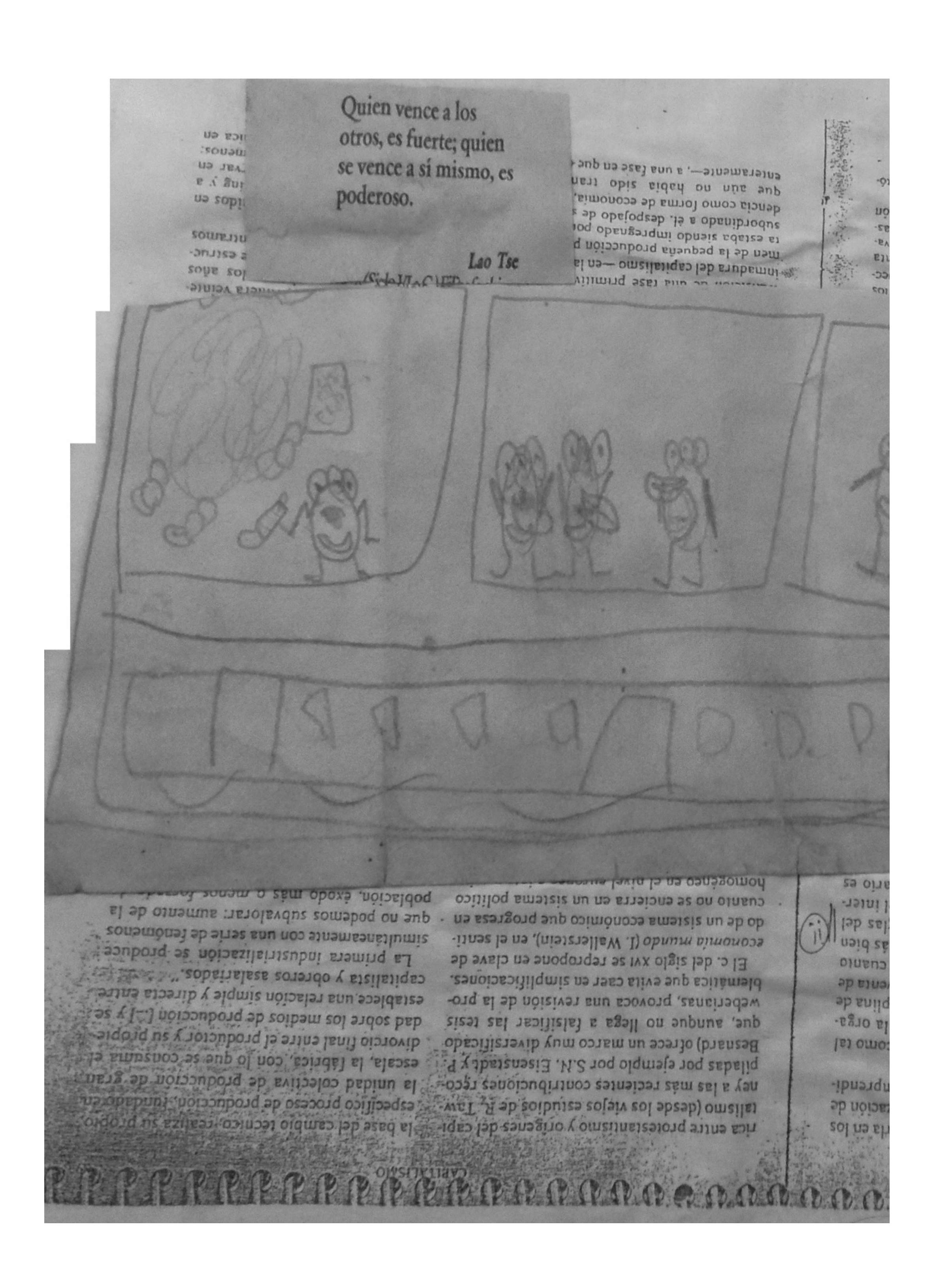
Sólo sé lo que me comunicó él. Lo recuerdo como una voz en mi mente.

Entonces, mi cuerpo no lo podía mover. Inmerso en una sustancia gelatinosa escuchaba su voz.

Aquella sustancia me brindaría los nutrientes necesarios para subsistir, me dijo entonces. Y seguidamente un dolor inaudito estalló mi cabeza.

Ignoro cuanto tiempo soporté aquel dolor.

Finalmente comenzaron a responder mis músculos. Y poco a poco, me fui abriendo camino entre la sustancia gelatinosa.


Quien vence a los otros, es fuerte; quien se vence a sí mismo, es poderoso.
Lao Tse

Salí a un pasillo rocoso, repleto de otros envueltos en la sustancia. Dormían o permanecían inmóviles. Sentí temblar el piso. Desde una punta se acercaba la bestia que me hablaba en mi parálisis. Cárpora, el Viejo Lagarto.

Eché a correr. Sus enormes fauces abiertas descendían en mi dirección, sus abominables mandíbulas presidían un insondable abismo para mi tamaño.


create a human civilization again. Before you die, hand it over to the next
And hand down and down and down. Until there is only
"What about the humans we leave here? What is going
"They have no emotions," Jesus says. "They are not human beings
He places the history book in my lap. Then a hand on my shoulder.
last human alive must bury this history book on a high peak, and the word
the tombstone must say this." He draws the words in the dirt:
HERE LIES THE HUMAN RACE.
Scene 21
Flying Fish
***
I climb the hill to the ruins of Satan
craps of food. The fish aren't the
resident territory. These are
the water, swimming through
a bit. Maybe the fish
the fish
piece of sign. Smoking
near him taken from
cries comi
wrapped a
se instaura una pecu-
política y economía, que
Esta constatación no está en contra del
hecho de que la relación trabajo-capital siga

Oía sus monstruosas pisadas en la superficie y una vez más, frases que no eran las mías entre mis pensamientos.

Y me decía que yo era una ser muy especial para él, que ya no me haría daño.

Había sido una prueba. Así separaba a los más aptos.



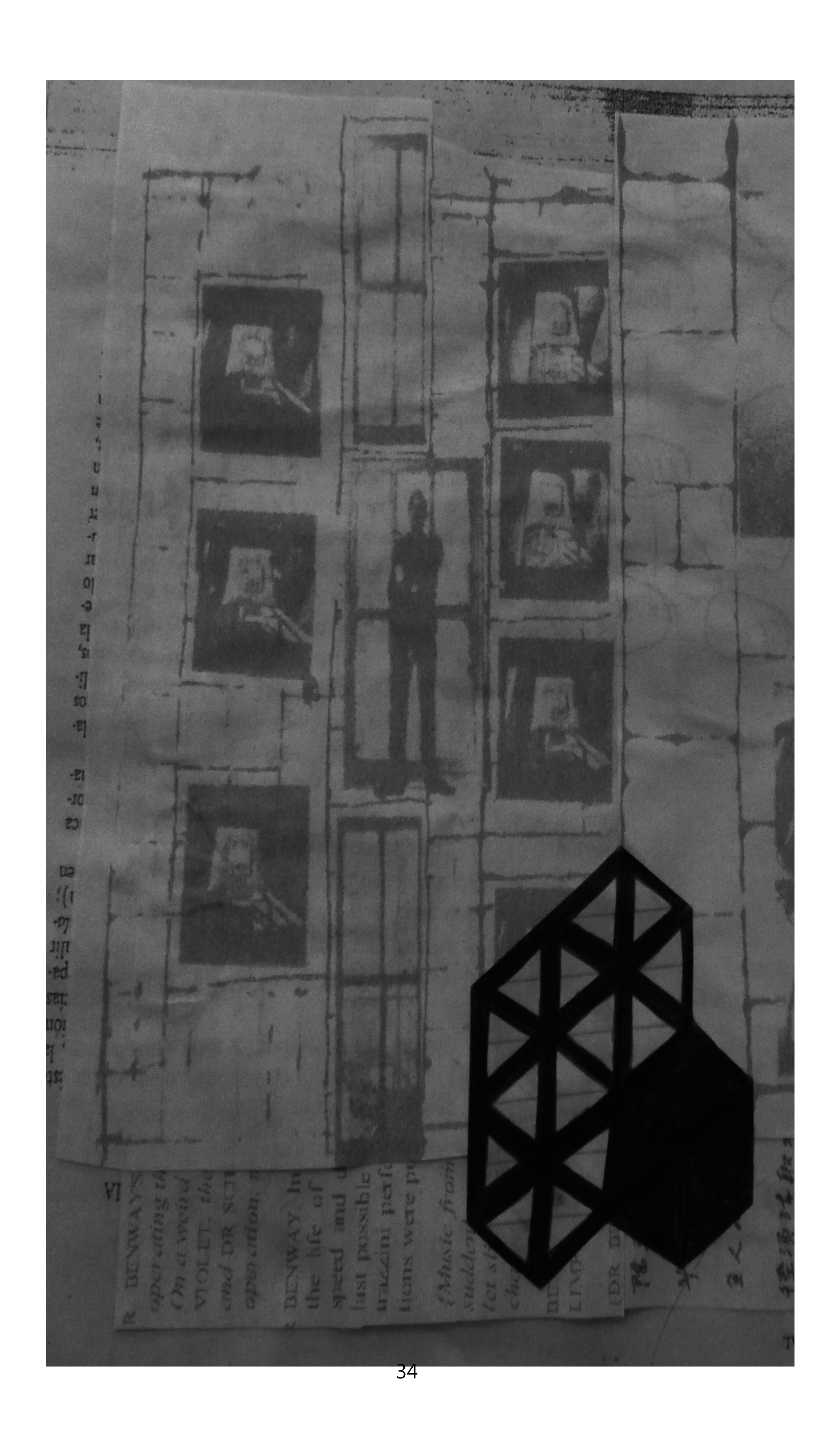
Me dijo entonces cuál sería mi tarea, qué quería de mi.

Anillos de oro hechos de mujer.

Me enseñó la fórmula, los pases mágicos para llevar a cabo tal empresa. Y me dijo que necesitaba tres cada siete rotaciones del planeta sobre su eje.

Observándolo desde mi grieta, me había abandonado la voluntad.

Cárpora, monstruosa efigie, me la había extirpado. Se la ocultó, como un chispazo, detrás de las inmundas pupilas de reptil. Lanzó un rugido abominable, un chillido abismal, y en mi cabeza quedó el silencio.



No soy más que mi pensamiento presente. Territorios separados y distantes me arrastran a esta conclusión: existe un pensamiento, pero ningún pensador.

Si todo existe, no puede decirse que haya una persona, lugar o tiempo que existan como una característica objetiva de la realidad. Todo cuando es, solamente es posible a través de una percepción.

La estructura más sencilla del universo conforma una unidad en que todo existe, conjuntos infinitos de universos.

rificada con mucha precisión, le falta adecuación al
ntido, no resulta más que una correlación estadística,

a la sociología organicista,
obra de Schäffle *Bau und*

INÚTIL DISCUTIR

11: *WuG*, vol. 1, p. 6.
11: *WuG*, vol. 1, p. 6.

ción crítica de este y otros
interpretativa, véase ALFRE
World, Evanston, 1967.

Instantes después, dolor. Intensas punzadas como inducidas por un mecanismo de tortura medieval, crudo y doloroso. Tenía que correr.

Cárpora, rugiente encima de mí. En el suelo de mi refugio, otra grieta. Me dejé caer hacia el otro lado.

Aterricé dolorosamente en otra cámara cavernosa, más pequeña. Un recinto.

Todo lo que necesitaba para mi trabajo estaba allí.

También la voz de Cárpora.



Seguí sus instrucciones, cerré los ojos y aparecí en las afueras de un pueblo de montaña del cual ya no recuerdo el nombre.

Hacía frío, mucho frío, eso sí lo recuerdo. Y andaba desorientado. Y desnudo.

Los dolores me habían abandonado, el intenso frío era el único flagelo. Me acurruqué, rendido, contra la vidriera de algún comercio. Alguien salió a gritarme. Me desmayé.





El calor (humano), o tal vez su ausencia, me condujeron a un

hospital.

La fortuna me acompañó, me recuperé del frío. Le agradé a una enfermera de la que sólo recuerdo su rostro al sonreír con delicadeza. De esas que hacen hoyuelos en las comisuras.

Ella fue el primer anillo que entregué a Cárpora.



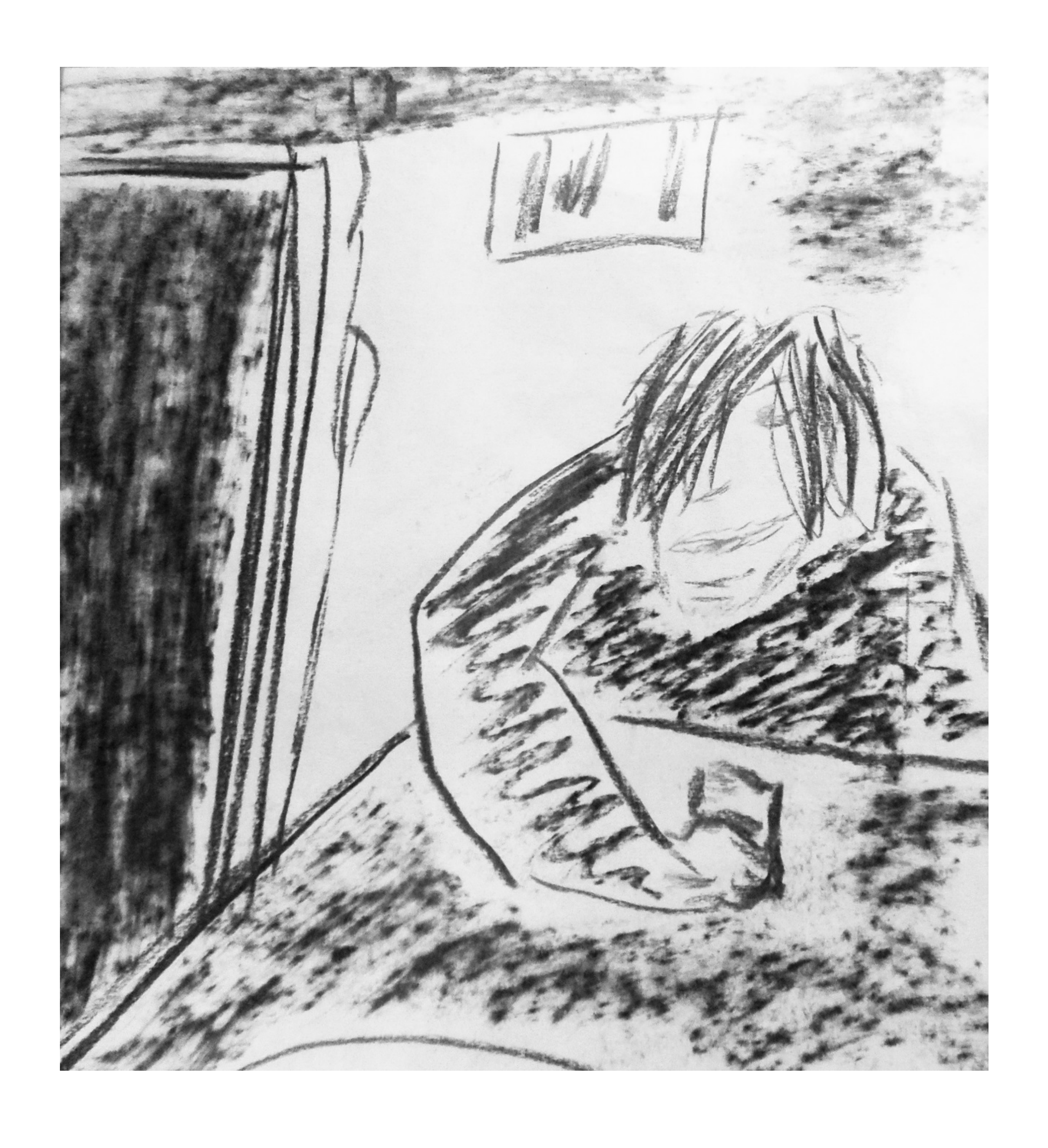
Han pasado muchísimos años. En realidad, no lo sé. Mi percepción del tiempo es errónea. Algunas veces sufro desvanecimientos, períodos de tiempo en los que actúo y no recuerdo nada. Secuelas de la exposición al cianuro, fundamental para la obtención del oro.

Es un trabajo duro recobrar las energías necesarias. En ciertos períodos suelo hibernar, Cárpora me lo ordena.

Está bien.

Alguien más cubre su ración de anillos durante ese tiempo. Necesita tres cada siete rotaciones del planeta sobre su eje.

Obviamente, tiene un ejército de criaturas como yo.



pueblos que rodean La Cordillera.

En todos estos siglos me he limitado a vivir en los miles de pueblos que rodean La Cordillera.

¿Por qué?

Sencillo.

En primer lugar, porque algo muy dentro mío siempre me ha impedido alejarme de esa zona. Una especie de instinto, nacido en el miedo tal vez. Cárpora.

En segundo lugar, porque el encantamiento que debo llevar a cabo sólo puede realizarse en contacto con las energías de la montaña.

Así me enseñó Cárpora.


RAFAEL
Llamada
una
maestro
Urbino.
influenc
los
22
X Y

De las muchas ideas que me enseñó, recuerdo una que toma el Budismo, un tema recurrente, el concepto de “Anatta”. Traducido como “sin alma”, prefigura la idea de que el ser no existe y, comprender esto, es crucial para alcanzar la iluminación.

Aunque, si no hay un ser, ¿qué es aquello que llega a ser iluminado?

Ahora el cielo es púrpura y azul, y la llovizna es fina, y escucho Bartok mientras el anochecer desciende.

Siento un impulso por salir. Pero como un impulso externo. Como si hubiera alguien más manejando mis decisiones.

Sin embargo, en todos estos años, he aprendido a calmar el impulso.

Busco en mi maleta, esparzo los anillos de la semana sobre el colchón.

El conjunto de los cinco irradia un resplandor que me obliga a distanciarlos. Es como mirar directamente al sol.

Sólo necesito guardar tres, por ahora.

Tomo los otros cuatro restantes y me coloco dos en cada mano.

Inmediatamente, el impulso de salir a la calle se silencia. No es necesario salir de cacería, no. Me recuesto sobre la cama, con

los anillos puestos. Me siento en calma. Inclino mi cabeza hacia atrás. Creo que voy a quedarme dormido.

Me quito los anillos y los dejo a un lado.

Ahora brillan un poco menos.

Sería terrible si me quedase dormido con ellos puestos.

La propiedad de los anillos es que actúan directamente sobre la función de onda psíquica. Simultáneamente, voy sintiendo como se abre paso en mi mente, entre mis pensamientos. Sin ser ningún pensamiento en absoluto.

Extraños mensajes anotaba entonces, que no recordaba, y en algunos casos, me costaba descifrar.

Mientras tanto, mis oídos escuchan las historias que los anillos cuentan.

Las escucharía hasta que quedasen en silencio, porque, eventualmente, lo harían.

Y una sonrisa se asoma en mi rostro.

Pocos días después, su luminosidad característica los abandona.

Se vuelven opacos, finalmente marrones. Entonces ya no se sienten esas voces que cosquillean agradablemente la corteza cerebral.

Ya no se siente nada.

Es como flotar en el vacío. Un vacío oscuro, donde no ocurre nada.

Otros seres lo habitan.

Los vi.

No se parecen en nada a mí.

Ninguna visión me despierta tanto terror como la aparición de estas criaturas. Su imagen impresa en mi mente me ha dado pesadillas de las que despierto gritando.

Extremidades aracnoides, cubiertas de púas supurando una pestilencia gangrenosa, sosteniendo una masa viscosa cubierta de arrugas, de la cual se sacuden inmundos tentáculos con

ventosas insondables recubiertas de innumerables dientes.

Las he visto correr en mi dirección con una velocidad abominable. He visto incluso que llevan una inmensa espada atravesando sus cuerpos de modo vertical. Ignoro por completo el significado de ello y supongo que nunca lo sabré.

Me quito los anillos, ya opacos, y los lanzo al otro extremo de la habitación, estremecido.

Las propiedades de los anillos obtenidos se corresponden a las virtudes y atributos que la energía posee durante su avatar humano.

Cuanto mayor la energía, mayor la duración de los anillos.

Por cierto, esto es algo que aprendí con la experiencia. Nadie me lo dijo. Ni siquiera Cárpora.

Es que al principio me limitaba a las mujeres vulnerables. Casi en el ocaso de su juventud, deseosas de conocer a un hombre que les ofrezca contención absoluta o momentánea, a veces, el consuelo.

Algunas se enamoraban realmente. Nubia, por ejemplo, se había muerto su madre y no tenía a nadie. A veces pienso en la tranquilidad de su entrega en la montaña, con los brazos abiertos y los ojos cerrados, al ritmo del chasquido de mis dedos, mientras formaba un círculo de polvo y cianuro a su alrededor.

Resultó un anillo delgado con apenas una cobertura de oro.

Nunca se lo entregué a Cárpora. Y aún no lo he utilizado.

Lo guardo para una emergencia, supongo.

No me resultó difícil llenar mis bolsillos con oro.

Cárpora vino hacia mí una noche, en sueños. Al pie de mi

cama vi su inmensa y repugnante cabeza, petrificada, junto a sus inmensos ojos amarillo verdosos. Habló sin abrir sus mandíbulas.

Convertiría las piedras en oro.

Depositó un puñado de piedras y tierra sobre las sábanas. Dibujó el triángulo con una garra inmunda, negra. Me concentré en la frase que decía. Una y otra vez, hasta crear un muro, en mi cabeza.

Extendió otra de sus abominables extremidades sobre el dibujo, comenzó a lacerarse con la misma garra con que había delimitado el triángulo.

Densos manchones escarlata caían en el perímetro. Y, con los ojos bien abiertos, vi al pie de mi cama las piedras transformarse en rocas de oro sólido.

La alquimia de la sangre, lo llama.

El gran defecto de los miles de años, todos los días acaban siendo similares. Y no hay tragedia que no se parezca a la inmediata anterior.

Sin embargo, lo peor, es que uno se insensibiliza.

Recuerdo mi despertar, por ejemplo, y aquella primerísima vez en que vi a Cárpora, y el terror de aquel entonces.

Ahora solo siento algo parecido si me coloco los anillos.

Cárpora se dedica a la venta de anillos.

Los utiliza, además, para regenerarse y alterar su estructura física. Ha vivido mucho tiempo. Y ha sido muchos seres. Bestias en su mayoría, feroces criaturas inspiradoras de horror y locura.

He contemplado sus cientos de formas.

Ya no le temo.

Cárpora, gigantesca serpiente alada, dragón de la montaña, primero atemoriza su forma real y la posibilidad de un ataque mortífero. Aún encerrado en un inmenso y grotesco fanal de vidrio, sería impresionante. Su forma espeluznante estremece desde los lugares más remotos de nuestras fantasías, adopta el sueño, atizan mis miedos, sublima este mito.

Cárpora, dragón primordial, señor absoluto del cao antes de la creación, confisca las aguas y guárdalas en la cavidad de la montaña o en tu colosal barriga. Posee los materiales necesarios para construir el universo.

Cárpora, de pie frente a él. En la penumbra, no es tan horrendo.

Le lanzo los anillos. Los atrapa en el aire.

Se acoplan de inmediato a sus garras.

Clava sus ojos en mí, sus pupilas comienzan a agruparse y a achicarse, cada vez más deprisa. Su respiración retumba en la caverna. El sonido denso me encierra.

Cierro mis ojos un segundo.

Y ya no estoy más allí.

Un paisaje de Zeta Retículi.

La aurora entraba y un tenue resplandor se iba abriendo paso entre las sombras famélicas. Las delgadas siluetas se iban dispersando hasta fundirse sobre el horizonte, lentamente deformadas por el acercamiento de un astro.

Su luz salpicaba la hierba, embriagada de rocío, desperezándola, con su calidez tímida y suave.

Rosas carmesí y amapolas caleidoscópicas abrían sus

capullos con paciencia, lentamente, en dirección a los cielos, elevando sus dulces aromas progresivamente. Como si la naturaleza misma intentase percibir su propia belleza.

El firmamento púrpura se volvía más diáfano cada segundo, y pronto el sol y su reflejo lo dejaron limpio y fresco, tal como usualmente ocurría.

Un océano se extendía un poco más allá, y un inmenso pez de fuego irradiaba su energía refulgente desde el interior de las aguas.

Recostado sobre la hierba cerré mis ojos.

Jamás hubiese querido abandonar aquel lugar, pero solamente de contemplar caía rendido. Cansado. Al despertar, ya no despertaba allí.

No conozco el significado verdadero del concepto hogar. Donde me encuentro más a gusto es en sitios verdaderamente extraños.

Si a algo puedo darle el nombre de hogar es a mi cuerpo. Es el único aposento que permanece invariable.

Abrir los ojos de nuevo. Parece temprano en la mañana. Algo de luz se filtra por una ventana.

No conozco la habitación pero ya debo haber estado aquí unas cuantas veces. Algunas caras del exterior me resultan familiares, me observan con desconfianza pero actúo con indiferencia. Sé dónde se ubica cada lugar.

Mi hogar es mi cuerpo, y el paisaje, siempre el mismo.

Releo lo escrito. Es extraño. No todo lo narrado concuerda con mis recuerdos. Algunos pasajes me recuerdan más a un sueño que a una vivencia particular.

También releo en algunos párrafos, conjuros acerca de los cuales ahora mismo no tengo conocimiento. Es como si alguien hubiese hurgado en mi mente y me hubiese trastocado las memorias. En algunas partes, mi letra se veía distinta incluso.

Y ahora comienzo a dudar que mis manos sean las únicas vinculadas a estas anotaciones.



La alegría se apodera de mí, en las sobras de los anillos. El

oro se opaca, me parece, cada vez más rápido, ya dese antes de colocármelos. Odio cada vez que esto sucede, siento que miles de años pasaron desde la última vez y mi estómago tiembla, cruje.

Este deseo sin cabeza me deja de rodillas.

Los necesitaba. Los necesitaba mucho.

A lo mejor desfallezca y me queden puestos, pero el temor ahora no tiene refugio en mi.

Ahora sé, escapar es la única posibilidad. El método, no puedo imaginarlo. Está más allá de mí, desde luego. Criaturas abismales me trajeron hasta aquí, sólo acciones dignas de una bestia colosal podría liberarme de este oficio sin sentido.

¿Y la única satisfacción ganada?

Este breve lapso en que mis ondas psíquicas son sometidas al poder de los anillos.

Esta válvula de escape sólo es temporal. De ser definitiva, ignoro los peligros que podrían caer sobre mi existencia. Ya lo sé, ya lo sé… Absurdo temor a la no existencia.

Pronto Cárpora oirá mis pensamientos y, si pudiese reír en su condición lo haría, pero le bastará con su petición despectiva en gruñidos tenebrosos para demostrar la inferioridad de cualquiera de mis razonamientos.

Sin embargo, escapar es la única posibilidad. Mis temores son ridículos. De hecho, yo mismo, no existo más que como ente. Claro, tengo alguna personalidad, algunos intereses particulares, pero más allá de eso, ¿qué valor tiene cuando no existen más objetivos y metas que satisfacer a una bestia? Y claro que pienso en el suicidio, y claro que me gustaría intentarlo. Ya no me preocupa demasiado dejar de existir.

Todo este tiempo no he existido, no me preocuparía dejar de hacerlo. Ahora sé en qué consiste no existir, lo saboreo, no me ocasiona emoción alguna.

La inexistencia es algo anodino, inofensivo para el espíritu, ¿por qué habría de preocuparme dejar de existir dentro de un tiempo, en el inmediato instante posterior a mi muerte?

Peores tragedias he ejecutado.